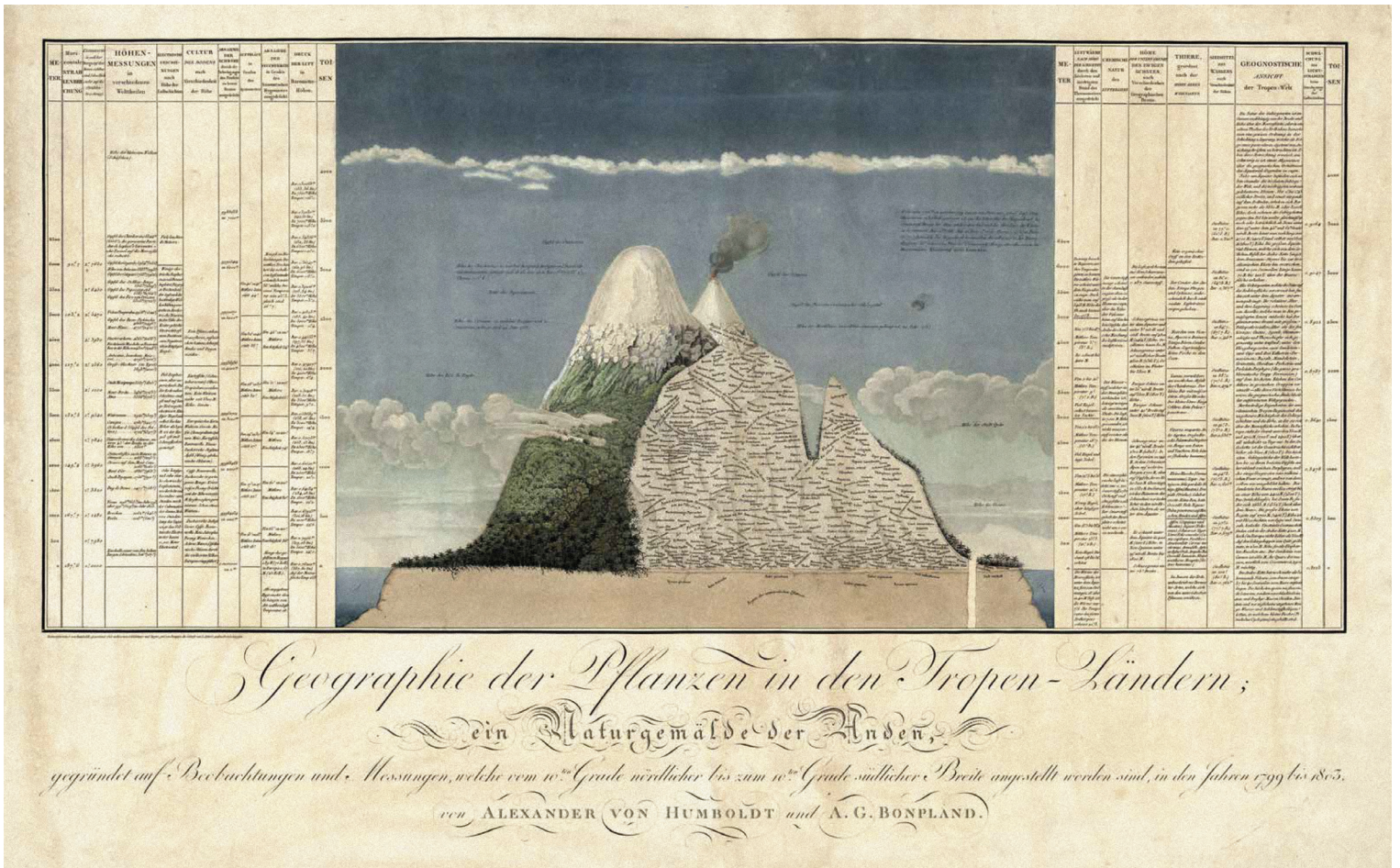


Isla

Daniel Daou
Pablo Pérez-Ramos

“Todo está conectado con todo” se ha vuelto inadvertidamente el eslogan de nuestros tiempos. Pero, ¿lo es realmente? Y de serlo, ¿es ésta una condición deseable? El número más reciente de *New Geographies* estudia la dimensión geofilosófica del concepto de bordes y propone nuevos límites para la metáfora universal de la isla al sugerir un punto de partida para un universalismo revitalizado. Esto con el objetivo de reafirmar la agencia del diseño en un mundo interconectado, donde los bordes entre las esferas de la vida pública y privada se desdibujan, las fronteras nacionales se reafirman y los límites naturales se perciben más cercanos que nunca en la historia geológica del planeta.

Este texto es una traducción y adaptación de la nota editorial de Daniel Daou y Pablo Pérez-Ramos para la revista *New Geographies* 8: Island (noviembre de 2016); 6-41.



Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland, *Ideen zu einer Geographie der Pflanzen nebst einem Naturgemälde der Tropenländer* (Tubinga: F.G. Cotta/ Paris: F. Schoell, 1807)

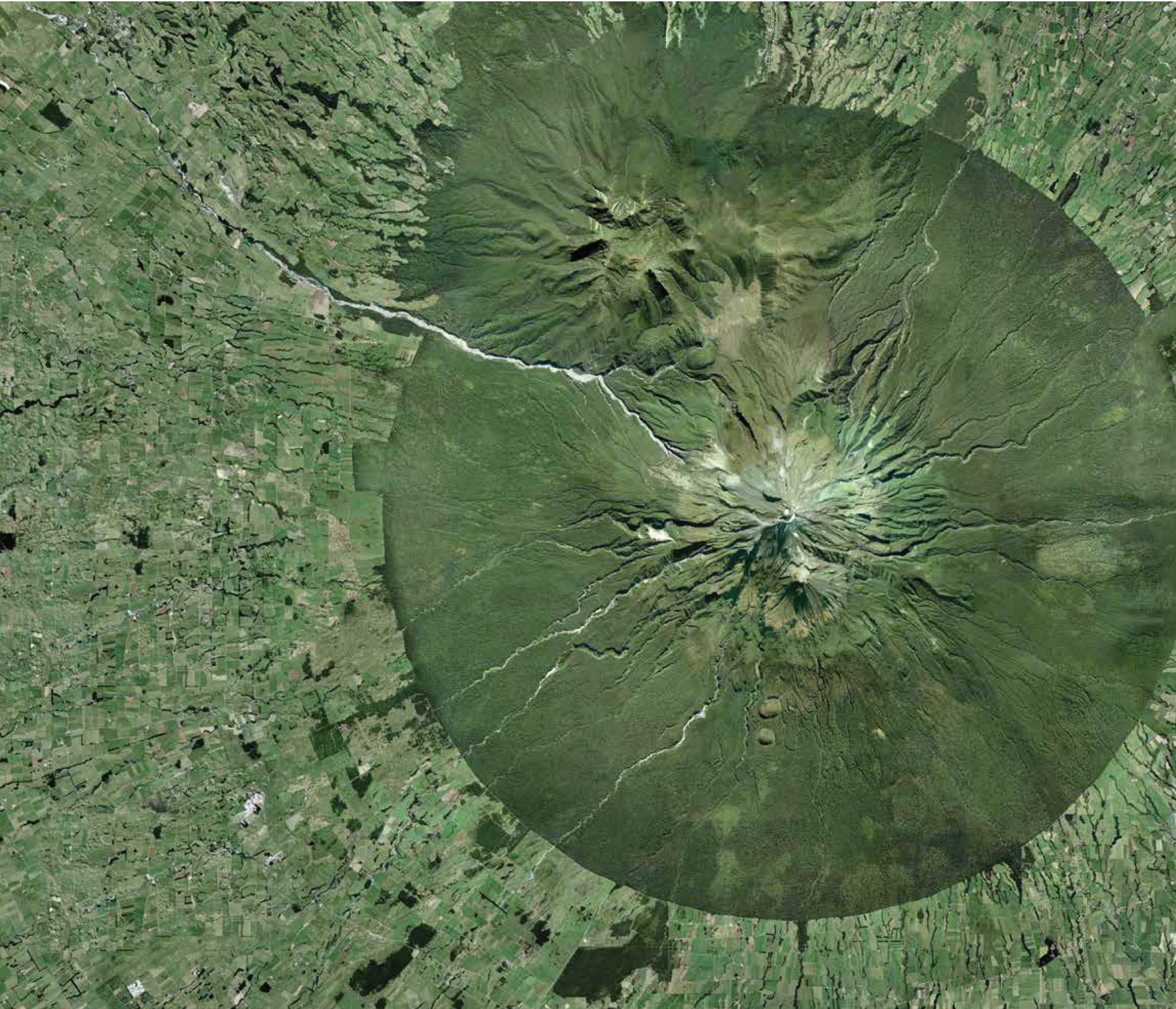
“No existe el mundo, sólo islas,” declaró el filósofo francés Jacques Derrida. Con esto quería decir que, a pesar del supuesto de que todos los seres habitamos una realidad única, no hay dos que compartan un mismo *umwelt* o experiencia del mundo. Para Derrida, la unidad del mundo es un constructo social y, por ende, la realidad es que habitamos un archipiélago de islas inconmensurablemente distantes.¹

Tras la estrepitosa salida del Reino Unido de la Unión Europea, la sorpresiva victoria del candidato republicano a la presidencia estadounidense, Donald Trump, fundada en una plataforma unilateral y xenofóbica —circunstancias sintomáticas de las crecientes fisuras en la narrativa de la globalización²—, la imagen del archipiélago de Derrida pareciera desafiar uno de los eslóganes preponderantes de nuestros tiempos: “Todo está conectado con todo.” Inspirándose en la observación del protoecólogo Alexander von Humboldt “*Alles ist Wechselwirkung*” (todo es interconexión),³ el biólogo y activista Barry Commoner propuso este aforismo como la primera de sus leyes informales de la ecología en 1968.⁴ De acuerdo con la máxima de la interconexión, hoy los economistas discuten las implicaciones de la globalización y el alcance aparentemente ilimitado del sistema de mercado neoliberal; los tecnólogos especulan sobre la imparable expansión de la llamada tecnósfera, que

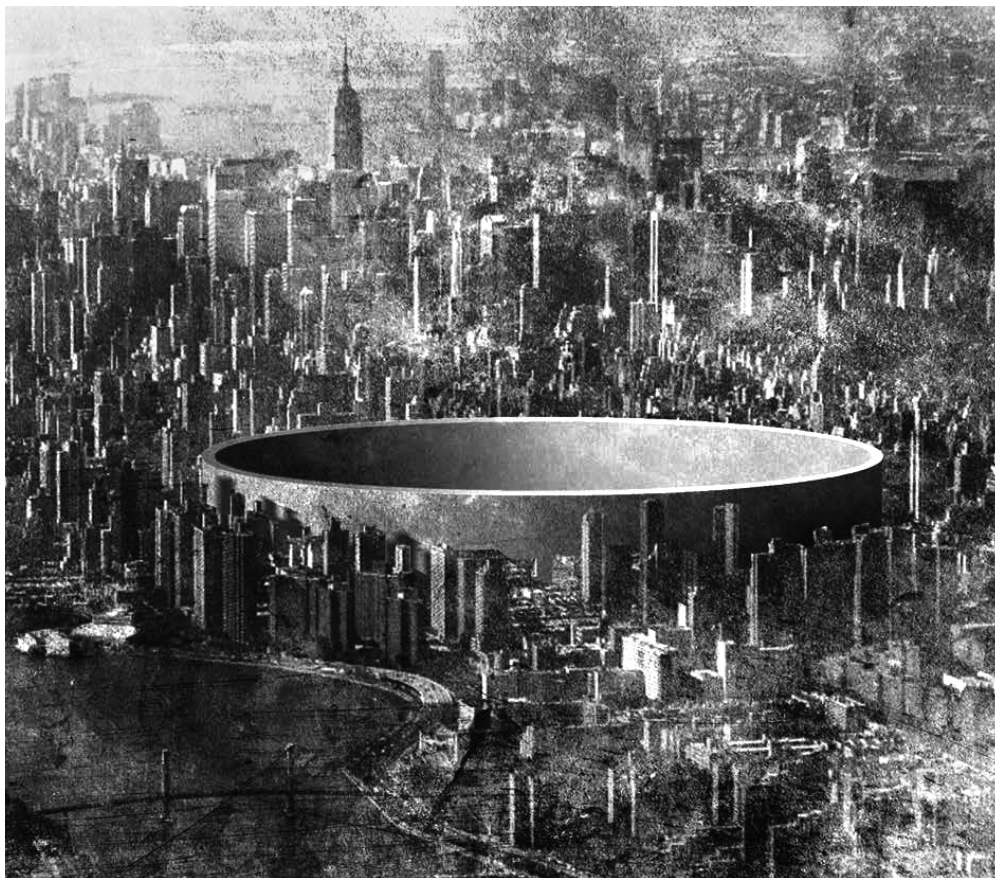
envuelve al planeta con su cableado intercontinental submarino y su nube de satélites en órbita, y los medioambientalistas hablan de Gaia —la madre tierra— y su metabolismo biosférico, que abarca la totalidad de los seres vivos y de los procesos geobiológicos.

Similar a la ley de Commoner es la poderosa imagen del rizoma. En su introducción a *Mil mesetas* (1980), los filósofos franceses Gilles Deleuze y Félix Guattari describen el rizoma como una imagen del pensamiento donde “cualquier punto [...] puede ser conectado con cualquier otro, y *debe serlo*.”⁵ Los rizomas pueden ser penetrados en cualquier momento, no tienen principio ni fin, y permanecen por siempre abiertos como una lista infinita de “y.”⁶ Durante los últimos veinte años, la imagen rizomática de la ecología ha influido fuertemente en la manera de pensar del diseño, lo cual ha promovido una visión del territorio abierta, fluida, indeterminada e interconectada, en la que se privilegia el proceso sobre la forma o el objeto, en detrimento de la legibilidad.

Es aquí donde la metáfora maestra de la isla se ofrece como contrapeso ante el rizoma. La isla tiene una larga tradición en la ciencia, el arte y las humanidades. Basta con pensar en el científico Charles Darwin y las Islas Galápagos, *La isla de cemento* (1974) del escritor James Graham Ballard o



Monte Taranaki, Parque Nacional Egmont, Nueva Zelanda, 2007. Fotografía: cortesía de Google Earth, Consejo regional de Taranaki, de Stratford y de Taranaki Sur



Proyecto de una iglesia sin dios, 2014. Israel López Balán

la alegoría de la Atlántida de Platón para entender su alcance como figura universal, a partir de la cual derivar ideas y extrapolarlas entre diferentes campos del pensamiento. La prevalencia de las islas radica en su poder epistemológico como herramientas cognitivas y su atractivo imaginativo como vehículos para la especulación.

Epistemológicamente, la isla aborda cuestiones relacionadas con la identidad y la diferencia, marca el borde que separa el entendimiento puro del “tormentoso océano” de lo desconocido.⁷ Sobre la relación entre las islas y la imaginación, Deleuze observa que su poder radica en su capacidad para desconectarse de la humanidad ofreciendo un espacio para un nuevo comienzo.⁸ Las islas poseen entonces una capacidad inigualada para simplificar lo complejo, enmarcar lo aparentemente inaprehensible y generar imaginarios para la promoción de experimentos empíricos y de pensamiento.

En su ensayo de 2008 “The Challenge of Nissology” (“El reto de la nisología”), el hidrólogo y geomorfológico Christian Depraetere argumenta que, en el archipiélago global, las islas son la regla y no la excepción y, por tanto, deben ser estudiadas en sus propios términos y no como un epifenómeno de las masas continentales.⁹ El oportuno programa nisológico de Depraetere puede extenderse si se libera a la isla de su definición geomorfológica. En este sentido, siguiendo al crítico literario Marc Shell en *Islandology* (2014), el interés está en revisar no sólo los modos en que pensamos *sobre* las islas, sino los modos en que pensamos *a través* de ellas.¹⁰



Uagadugú (República del Alto Volta, hoy Burkina Faso), finales de diciembre de 1930 o inicios de enero de 1931. Fotografía: Walter Mittelholzer (modificada)

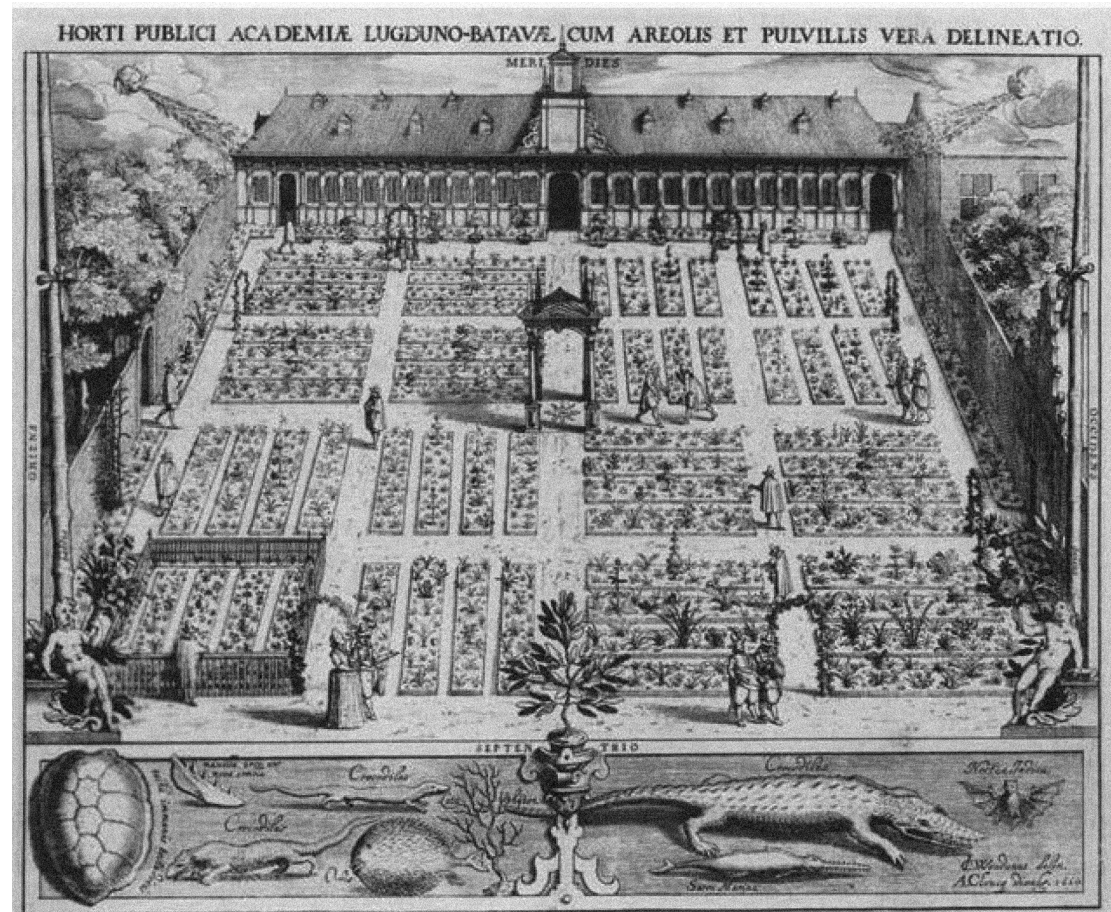
De esta manera, la isla se vuelve un instrumento para cuestionar la apropiación de la ecología por parte de las metáforas líquidas de los procesos abiertos, la indeterminación y la interconexión, ofreciendo un contrapeso con el cual recuperar los imaginarios políticos que estas metáforas cancelan, y contrarrestar aquellos que privilegian. Camuflada tras una supuesta neutralidad científica, la ecología ha servido como el vehículo idóneo para introducir determinados discursos en el campo del diseño, evitando el escrutinio crítico. Sin embargo, la teoría crítica ha revelado las maneras en que ciertas metáforas ecológicas ayudan a naturalizar procesos político-económicos, como si las leyes del mercado fueran tan inexorables como las físicas. Los diseñadores que celebran y pretenden reproducir procesos supuestamente naturales o actuar según sus leyes, participan en lo que efectivamente constituye la naturalización de la política —*laissez-faire* disfrazado de autoorganización, emergencia o procesos de “abajo hacia arriba.”

Siguiendo la idea del poeta francés Stéphane Mallarmé de que al final “todo se reduce a estética y economía política” (“*Tout se resume dans l’Esthétique et l’Économie politique*”),¹¹ es necesario explorar y cuestionar las implicaciones estéticas y políticas del modelo rizomático de la ecología. Políticamente, ha permitido un discurso ideológico basado en “rutas





Campos agrícolas cerca del pueblo de Bahramjed, Kermán, Irán, 2011. Fotografía: cortesía de Google Earth (© 2016 Digital Globe)



Hortus Botanicus en Leiden, Países Bajos, 1610. Grabado de Jan Cornelisz Woudanus

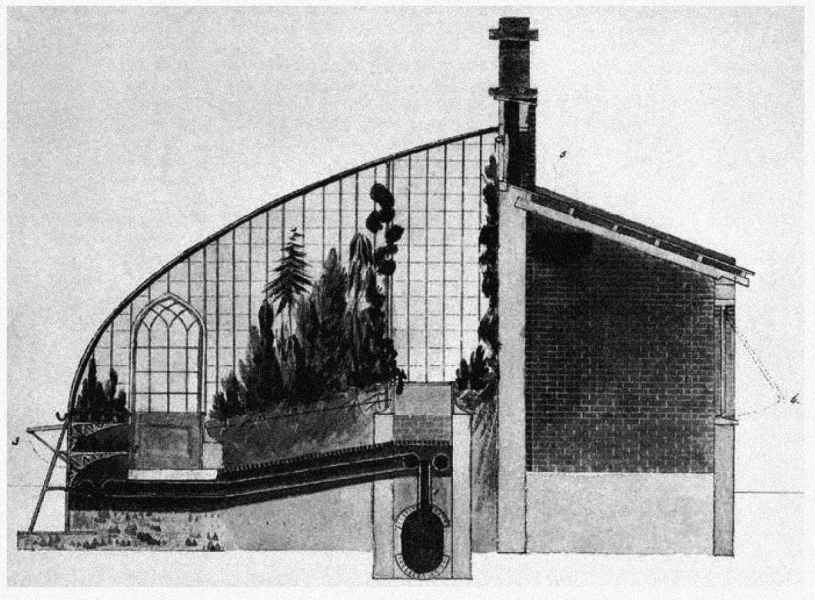
de menor resistencia” (por ejemplo, extrapolando la descripción del comportamiento óptimo de los escurrimientos hidrológicos a una normativa de comportamiento social), lo que convierte el problema de la acción del diseño en un tema de alineamiento con las fuerzas del mercado. Estéticamente, la naturalización de flujos y procesos ha negado la atención a los métodos “de arriba hacia abajo” supuestamente propios de la forma, la legibilidad y la permanencia, lo cual limita la teoría y la acción del diseño.¹²

En la medida en que el papel del diseño ha consistido en estetizar la política, más que revertir la fórmula hacia una politización de la estética, una contraideología efectiva de la ecología debiera surgir a partir de la síntesis de la poética y la economía política, tal como lo sugirió el geógrafo Neil Smith.¹³

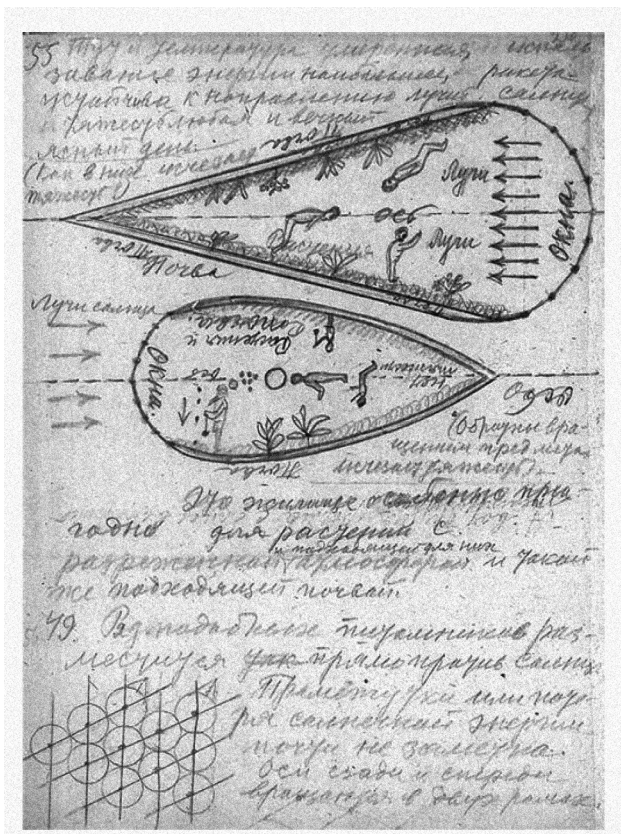
El desvanecimiento de los bordes propio de la era de la interconexión ha resultado en la desaparición de lo que en sociología se conoce como el “exterior constitutivo” (la noción de que la identidad de las cosas puede definirse negativamente en función de lo que no son). Los antiguos binarios —natural/artificial, urbano/rural— caducan, por lo que se vuelven inútiles o, peor aún, contraproducentes. El metabolismo de la civilización humana y de la biósfera es claramente indivisible. Y, no obstante, considerando el alcance total de este fenómeno, existe una resistencia por parte de la izquierda a conceptualizar la totalidad refugiándose en el parroquialismo de la política de lo local. Mientras tanto, el mundo recae en las fórmulas conservadoras y agonizantes del aislacionismo, ignorando que, después de todo, bajo la superficie del océano todas las masas de tierra están conectadas.¹⁴



Pabellón en la Serpentine Gallery, Londres, Reino Unido, 2011. Peter Zumthor y Piet Oudolf. Fotografía: © Walter Herfst



Invernadero para la Royal Horticultural Society, Inglaterra, 1818, John Claudius Loudon



Croquis de un invernadero en una cápsula espacial, 1932. Konstantinos Tsiolkovsky

Para superar este *impasse*, es necesario considerar un revigorizado universalismo cosmopolítico.¹⁵ La finitud fundamental de la isla no debe ser entendida como una condición de borde que aísla y genera dicotomías entre el objeto y su exterior constitutivo. Por el contrario, la isla debería entenderse mediante la dialéctica que existe en su raíz etimológica: isla simultáneamente como “tierra rodeada de agua” (del latín *insula*) y el punto en que el agua y la tierra se mezclan (de la raíz nórdica “agua-tierra”).¹⁶ Es esta tensión dialéctica implícita lo que permite a la isla ser una herramienta tanto cognitiva como especulativa. Su especificidad permite entender la interacción de las cosas con el mundo y acceder a formas de pensamiento que ayuden a revelar el mundo, haciéndolo legible. Pero, al mismo tiempo, al trascender la dicotomía entre interior y exterior, la isla evita caer en el particularismo y se convierte más bien en el vehículo idóneo para concebir un nuevo universalismo. De esta manera, la isla rescata el imaginario ecológico a la vez que otorga herramientas al diseño para actuar en un mundo enredado.

Notas

1. Jacques Derrida, *The Beast and the Sovereign 2*, trad. Geoffrey Bennington (Chicago: University of Chicago Press, 2011), 8-9.
2. A la fecha de edición de este texto, el resultado del movimiento separatista de Cataluña es aún incierto.
3. Alexander von Humboldt, *Reise Auf Dem Rio Magdalena, Durch Die Anden und Mexico*, 1, ed. y trad. Margot Faak (Berlín: Akademie Verlag, 1986), 358. Originalmente se publicó en el diario de viaje de Von Humboldt por el Valle de México durante el mes de agosto de 1803.
4. Barry Commoner, *The Closing Circle: Nature, Man, and Technology* (Nueva York: Knopf, 1971).
5. Gilles Deleuze y Felix Guattari, “Introduction: Rhizome,” en *A Thousand Plateaus*, trad. Brian Massumi (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987), 7. Énfasis propio. Versión en español: *Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia*, trad. José Vázquez Pérez (Valencia: Pre-textos, 2002), 13.



Estación espacial Mir fotografiada por Atlantis (STS-71), julio de 1995

6. Gilles Deleuze y Felix Guattari, "Introduction: Rhizome," 21.
7. Ver Immanuel Kant, "Of the Ground of the Division of All Objects into Phenomena and Noumena," en *Critique of Pure Reason*, trad. F. Max Müller (Londres: Macmillan, 1881), A 235/B 294 y Friedrich Nietzsche, *The Gay Science*, ed. Bernard Williams, trad. Josefine Nauckhoff y Adrian Del Caro (Cambridge: Cambridge University Press, 2001), sec. 343.
8. Ver Gilles Deleuze, "Causes and Reasons of Desert Islands," en David Lapoujade, trad. Michael Taormina, *Desert Islands and Other Texts, 1953–1974* (Los Ángeles: Semiotext(e), 2004), 9.
9. Christian Depraetere, "The Challenge of Nissology: A Global Outlook on the World Archipelago," *Island Studies Journal* 3-1 (2008): 3-16.
10. Marc Shell, *Islandology* (Stanford, CA: Stanford University Press, 2014), 13-25.
11. Stéphane Mallarmé, *La musique et les lettres* (París: Perrin et cie, 1895).
12. Andrea Branzi, "Fuzzy Thinking," en *Weak and Diffuse Modernity: The World of Projects at the Beginning of the 21st Century* (Milán: Skira, 2006), 29 y Timothy Morton, *Ecology without Nature: Rethinking Environmental Aesthetics* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2007), 189.
13. Neil Smith, "Nature at the Millenium: Production and Re-Enchantment" en Bruce Braun y Noel Castree, *Remaking Reality: Nature at the Millenium* (Londres: Routledge, 1998): 271-285.
14. Punto ilustrado elocuentemente en Martin W. Lewis y Kären Wigen, *The Myth of Continents: A Critique of Metageography* (Berkeley: University of California Press, 1997).
15. Desde una perspectiva posmoderna, el universalismo debe ser calificado como cosmopolítico para no regresar a su concepción moderna. Ver Isabelle Stengers, *Cosmopolitics* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2010) y Albena Yaneva y Alejandro Zaera-Polo, eds., *What Is Cosmopolitical Design? Design, Nature and the Built Environment* (Burlington, VT Ashgate, 2015).
16. Marc Shell se refiere a estos dos significados de la isla —uno orientado hacia la definición del borde y otro más cercano a la noción de interfaz entre dos mundos sucediendo simultáneamente— en su libro *Islandology*. Ver el capítulo "Defining Islands and Isolating Definitions," 13-25.

Daniel Daou

Arquitecto y urbanista
 Maestro en Ciencias de la Arquitectura
 y Planeación de ciudades
 Massachusetts Institute of Technology
 Doctorante en Arquitectura de paisaje
 Harvard University, EU
 ✉ ddaou@gsd.harvard.edu

Pablo Pérez-Ramos

Arquitecto
 Máster en Arquitectura de paisaje
 Doctorante en Arquitectura de paisaje
 Harvard University, EU
 ✉ pperezramos@gsd.harvard.edu